



CAPÍTULO III.

LEJOS DE LA HACIENDA.

POR la puertecilla del jardín que acababan de dejar abierta Salvador y Chona, á la sazón en que todavía los asaltantes no abandonaban su arriesgada empresa, salió Salomé de la hacienda, procurando, ante todo, ponerse á cierta distancia de la casa, y permanecer en observación de los movimientos de asaltantes y defensores.

Á este efecto, buscó un punto elevado en el terreno, desde donde pudiera domi-

nar, para estar al tanto de lo que pasaba, y pensaba; que si bien por una parte era difícil que llegaran á tomar la hacienda, si esto llegaba á verificarse, prolongaría su situación de espera.

No se atrevía á acercarse á los asaltantes, ni podía adivinar por qué lado se retirarían éstos, y si se había colocado en lugar apropiado para ponerse al alcance de Gómez.

En medio de esta perplejidad, no quitaba la vista del lugar de donde salían los disparos que por mucho tiempo absorvieron toda su atención.

Pero hubo un momento en que cesó el fuego y poco después oyó el tropel de los caballos que se alejaban de la hacienda; siguió la dirección que le marcaba el ruido, y caminando á tientas sobre un incómodo terreno de sembradura, pretendía atravesar diagonalmente una tabla de maíz, para tomar el camino que, según las apariencias, iban á tomar Gómez y los suyos.

Efectivamente, emprendió aquella difícil

travesía entre los surcos, y doblegando aquí y allá las verdes cañas; pero á poco andar comenzó á sentirse fatigada, pues sus piés no encontraban una superficie más apropiada para avanzar, sinó que á cada una de sus pisadas, rodaban terrones ó sentía hundirse sus piés en el fango del surco; poco á poco su marcha fué haciéndose más difícil, á medida que el terreno era más húmedo y más blando.

Sintió que el tropel de los caballos se alejaba, tomando opuesta dirección, y perdiendo la esperanza de llegar á tiempo, comenzó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones; pero sea que los bandidos fuesen muy de prisa, ó que los gritos de Salomé no llegasen hasta ellos, el rumor fué perdiéndose poco á poco, y la voz de Salomé fué haciéndose más ronca, hasta sofocarse como al influjo de una presión desconocida; hizo todavía los últimos esfuerzos, en los que, se hundieron mas sus piés en el lodo, sintió un violento trastorno, las cañas del maíz parecieron girar á su derredor, y en medio

de un ruido que á ella le pareció formidable, cayó sin sentido entre los surcos.

Permaneció así mucho tiempo, hasta que un agudo dolor en la frente vino á anunciarle que vivía.

Se incorporó lentamente, y comenzó á hacerse de nuevo cargo de su situación; y haciendo un supremo esfuerzo, tornó de nuevo á andar, ya entonces sin mas objeto que alejarse de la hacienda; tomó entonces la dirección de un surco y se alejó, rozándose con las ásperas hojas del maíz, tomando aliento de vez en cuando, para continuar su penosa fuga.

Entretanto Gómez se alejaba lanzando terribles maldiciones contra los defensores de la hacienda, y jurando vengarse de aquel acto incomprensible, de haberse defendido con vigor.

—¡Así serán hombres! decía, desde las azoteas, pero ya nos veremos en otro terreno; á ver si esos catrines son tan buenos á pié como á caballo; y por vida mía que el catrín que coja, ni para llorar le alcanza el tiempo, aunque sea don Carlos.

—¿Hasta ese? le dijo un compañero.

—¡Adios! ¿pues qué usted cree que si don Carlos hubiera querido salvarme, no me salva?

—¿Pues no dice usted, que hizo mucho por usted?

—Sí, pero cuando supieron lo del viejo... yo no sé quien de estos ha ido con el chisme; pero si lo averiguo, ya puede *quenquera* que sea, escoger un arbolito, porque lo cuelgo.

—¿Y ahora qué hacemos, vale? dijo uno.

—Ahora, el viejo es el que la paga, y, ó nos da el dinero ó lo despachamos de una vez, y que no esté *enchinchando*.

—No, qué viejo, dijo un bandido, pues si ya se fué y llegó al pueblo.

—¡Adios! ¿pues y Celso?

—Pues no parece.

—Yo creo, vale, dijo uno, que Celso siempre se *sesgó*, pues si no ¡cuándo iba á poder el viejo con él!

—Ahora lo veremos todo, vale; que estoy que ya verá lo que es rifarse.

Desde la aparición de Salomé, Gómez sintió en su interior como el siniestro presagio de desconocidas desgracias; y á partir de ese momento, todo había dado en salirle mal.

—Oíga, vale, le decía á un compañero, ¿pues no me ha hecho mal de ojo la señora?

—¡Adios!

—Por vida de usted, pues si desde que la volví á encontrar, yo no se qué tengo, estoy como triste: ¿creerá?.

—Pues estará todavía, como dicen, apasionado?

—¡No! ¡qué usted! ¡esque apasionado! con que no me acordaba; pero ya me vé, vale, ando así, como *destraido*, con que hasta el caballo me tumbó la otra tarde.

—¿Onde?

—Pues ni que decir que en pedregal, sino en lo planito.

—¡Ahque!

—Por vida de usted.

—¿Y cómo estuvo?

—Pos venía andando, y hasta la rienda había soltado, la verdad, estaba aburrido de tantas.... cosas que le suceden á uno, cuando de repente, que se para un zopilote en el camino, y dijo mi caballo, por aquí, y que se barre; pos onde hasta la cintura me tronó; y yo le cogí la rienda; ¿pos onde? si ya ni tiempo me dió de la salida tan recia, y que me chispa, y como le anduve por la panza con las chaparreras, ahí vamos amo, pues ni de cera que hubiera sido, allá voy patas arriba.

—¿Y el caballo arrendó?

—Creerá que es tan noble el animal que se paró.

—¿Oíga?

—Y se dejó coger, y le monté de nuevo.

—¿Y lo lastimó?

—Me peló las rodillas, y aquí ¿pos no vé que tengo en la barba este raspón?

—¿De veras, no?

Gómez efectivamente estaba de malas, y de desengaño en desengaño, llegó á sa-

ber la fuga de don Santiago y el ruido que este acontecimiento había hecho en el pueblo.

Algunos días después, las autoridades recibieron en la prefectura la visita de un boyero, que venía á dar parte á la justicia de lo que había visto.

—Andaba con las yuntas, decía el boyero, cuando columbré los zopilotes que daban vueltas, y dije, no sea la ternera pinta de la pelona, que se ha perdido y se haya muerto escondida en los chaparrales; y jalé para abajo á buscar á la becerra; luego me llegó la fetidez, y dije, pos ella es, y me fuí derecho hasta donde estaban los zopilotes, y voy viendo, ¡señor de mi alma! ¡alabado sea el Santísimo! pues no era la becerra, sinó un cristiano con todos los huesos de fuera, y ya sin trapos; y dije, pos voy á avisar para que se sepa quien es el hombre, y no vayan á estar buscando á alguno que se haya perdido.

—¿Un cristiano? dijo la primera autoridad del lugar, ¿y qué señas tiene?

—Pues si no tiene señas; con que ya me ro se lo acaban los zopilotes.

—Que vaya el auxiliar y que se busque gente y un tapextle para traer el cadáver, dijo la autoridad.

Se dispuso todo de la manera conveniente, y salió la expedición en busca del desconocido cadáver, que no era de otro, según lo habrá comprendido ya el lector, que de Celso el celador de don Santiago.

Mientras esto pasaba en el pueblo de donde había salido don Santiago con Gabriel, según también recordará el lector, Salomé había hecho la más terrible de las expediciones.

Anduvo sin cesar, y no paró hasta que le faltaron las fuerzas; llevaba veinticuatro horas de no haber probado alimento, y llegó á sentir la terrible desazón del hambre con todos sus horrores.

Era imponente y triste la figura de aquella pobre mujer, con los vestidos desgarrados, con los piés sangrando, con la mirada

extraviada y la palidez de la muerte pintada en su semblante.

Vagó aún por campos solitarios, traspuso lomas y se deslizó por desconocidas sendas en busca de algún abrigo y de algún socorro; la noche volvió á sorprenderle en su camino, y bajo la negra bóveda, en vano tendía su vista á todas partes; no brillaba una sola luz que le indicara un rumbo, que le revelase la existencia de séres que pudiesen ampararla; le parecía que estaba condenada á morir de hambre y de cansancio en medio de un desierto sin límites.

¡Qué espantosa fué su situación y cuántas angustias atormentaron á la pobre Salomé, cuando su pensamiento, girando de una manera febril, le anunciaba un fin próximo é irremediable!

Por fin su debilidad le sumergió en una especie de atonía y de postración, que la hizo creer que había llegado su última hora.

Formuló con un esfuerzo postrero una oración que no concluyó, sino que se perdió en un abismo incomprensible.

Después de largas horas, la expedición que había salido del pueblo en busca de aquellos restos humanos que habían dado en que pensar á la justicia, llegó al pueblo trayendo en el *tapextle* lo que todos esperaban con impaciencia.

Todos se preparaban á cubrirse de manera de evitar los miasmas deletéreos, que con razón esperaban que se desprenderían de aquellos restos.

Hubo alguno mas impaciente y curioso que se atrevió á descorrer las mantas del *tapextle*, á la sazón que lo ponían en tierra, y autoridades y curiosos se fueron de espaldas al encontrar en vez de huesos carcomidos, una mujer vestida, y que al parecer no estaba muerta.

—¿Y esto era, preguntó la primera autoridad, lo que estaban comiéndose los zopilotes?

—Le diré á su persona de usted, dijo el encargado en jefe de la expedición; nosotros nos encaminábamos en derechura del lugar donde están los zopilotes, pero antes de

UNIVERSITAT
"ALFONSO REYES"
1925 MONTREY, MEXICO

llegar, vaya, mucho antes, devisamos como un bulto, y le dije á ñor Catarino—¿pues qué será aquello?—¿cuál?—¿pos qué no devisa? ¿allí no blanquea?—pos es verdad, me dijo, pues vamos,—y arrendamos pa allá, con todo y el tapextle, y dígole á ñor Catarino—por si croque es cristiano, y dijo ñor Catarino—asegún blanquea—hasta que nos acercamos, y era la señora..... pues, esta señora que bien á bien no sabemos si estará muerta; ella no resuella y yo le dije á ñor Catarino—pos será bueno registrarla, por si tiene algo, no, y lo que es eso, en su cuerpo no tiene nada, de así de cosa de heridas,—pos estará desmayada, dijo ñor Catarino,—pos estará, le dije—pos yo que le había de decir,—pos estará desmayada ó quen sabe, allá en el pueblo se sabrá y dícame ñor Catarino,—pues la llevaremos en el tapextle—¡Adios! ¿y el otro?—y entonces ñor Catarino me dijo:—pos quizá querrá Dios, que al otro no se lo acaben los animales y al cabo aunque solo llevemos los huesos pelones, al fin está muer-

to,—también tiene usted razón le dije á ñor Catarino, pues la llevaremos á la señora y luego volveremos por el otro.

Oyeron esta relación con la boca abierta todos los circunstantes, sin que á nadie se le hubiera ocurrido inquirir si efectivamente aquella mujer estaba muerta.

—¡A ver! gritó el alcalde, que pongan á la difunta á la espectación pública, en la accesoria de mi compadre, que al fin está vacía.

—Quiere decir, que la tendemos, dijo uno.

—¿Quién dá para la cera? dijo otro.

—Pues figúrese usted, ¿quién ha de dar? pues si ni parientes tendrá.

—¡Qué almas tan poco caritativas tienen ustedes! dijo una vieja rezongando, si ni parecen cristianos.

—Lo que es caridad no nos falta, dijo limpiándose el sudor uno de los que habían cargado el tapextle, pero la caridad no la cojen en la tienda de doña Pomposa.

—Allí venden la cera á nueve reales libra.

—Ni medio ménos, agregó un tercero.

—¡Hum!.... es gana con esta gente, murmuró la vieja, y se alejó; pero á pocos pasos se detuvo á la primera puerta que encontró.

—¿No quieren ustedes hacer la caridad, por el amor de Dios, de dar alguna cosa para las velas de una difunta?

—¿Qué difunta? dijo un maicero.

—Una pobre mujer que han traído muerta, y que no hay ni quien la conozca.

—¿Onde está?

—La van á depositar en la accesoria de don Máximo.

—Vaya, dijo el maicero, y alargó unas monedas á la vieja.

—Un Padre Nuestro y una Ave María por el alma de la difunta, y Dios se lo pagará, agregó la vieja.

Y de puerta en puerta, y en cambio de la noticia, fué recogiendo limosnas hasta que juntó nueve reales, y se dirigió en seguida á la tienda de doña Pomposa.

—Déme usted una libra de cera de á cuatro.

—¿Quién se le ha muerto á usted, doña Gertrudis? le preguntó doña Pomposa.

—A mí, nadie gracias á Dios, porque soy sola en el mundo y desde que se me fué mi hija Salomé la mujer de....

—¡Ah! sí, ya me acuerdo. ¿Y no ha tenido usted noticias?

—Nadie ha vuelto á saber nada.

—Como si no hubiera existido.

—¿Pues entonces, para quién son las velas?

—Para una matada.

—¿Para una matada?

—O yo no se qué; pero es una pobre mujer que han traído los peones y los del Juzgado; y dicen que se la encontraron en el campo.

—¡Habrás visto cosa!

—Pues ahí está tendida en la accesoria del señor don Máximo.

—¿Y no se ha sabido quién es?

—Pues si por eso la van á poner al público, para ver si hay quien la conozca; con que deme usted las velas, que estos nueve

reales los he juntado de caridad entre los vecinos; y ¿creerá usted, doña Pomposita, que hasta los puros me han dado para la cera?

—¡Es posible!

—Pues hasta el hermano del prefecto y el oficial me dieron de á real.

—Pues tome usted las velas.

—Un Padre Nuestro y un Ave María, por el alma de la difunta, que Dios se lo tendrá á usted en cuenta á la hora de su muerte.

—Así sea, doña Gertrudis.

—Hasta luego, doña Pomposita, muchas cosas á todos.

Cargando la cera doña Gertrudis, llegó á la accesoria, en donde sobre el tapextle estaba tendida la difunta, y dijo, pues aquí está la cera, y ahora que busquen al sacristán, á ver si nos quiere prestar los candeleros.

—Yo voy, dijo un muchacho, y corrió.

—A pesar de estar depositado aquel cadáver de orden superior, y puesto á la es-

pectación pública, permanecía con la cara cubierta, sin duda porque esperaban los encargados del Juzgado á que estuviesen encendidas las velas, para proceder á descubrirlo.

Un grupo compacto de gente que se formó en la puerta impidió que la muerta fuese reconocida por algunos transeuntes.

Al fin, volvió el muchacho que había corrido en busca del sacristán y venía cargando un viejo candelero de palo: detrás del muchacho venía el sacristán con los otros tres candeleros.

Una vez puestas las velas, doña Gertudis creyó que su misión había concluído, y que más lograría por el alma de la difunta con ir á rezar á la iglesia algunos sudarios, que con formar parte de aquella masa de curiosos, entre los cuales corría cuando menos el peligro de ser apachurrada.

